

PRIMERO DE MAYO: DEL MARTIRIO OBRERO A LA DISPUTA GLOBAL POR EL TRABAJO DEL SIGLO XXI

Por Salvador G. Briceño

Serie: Claves geopolíticas del día

[Centro de Geopolítica y Multipolaridad]



Cada Primero de Mayo no sólo se conmemora una fecha histórica; se reactiva una memoria de lucha que el poder político y económico ha intentado domesticar durante más de un siglo. El origen del Día Internacional de los Trabajadores no se encuentra en una festividad abstracta ni en una concesión estatal, sino en una confrontación directa entre capital y trabajo que estalló en Estados Unidos en 1886, cuando cientos de miles de obreros iniciaron una huelga nacional por la jornada de ocho horas. Aquella movilización, que tuvo en Chicago su epicentro más dramático, derivó en la represión de Haymarket, donde una protesta obrera terminó entre violencia, persecución judicial y la condena de líderes anarquistas cuya ejecución transformó una lucha local en símbolo universal de resistencia obrera.

La paradoja histórica resulta reveladora: mientras el Primero de Mayo nació de una rebelión obrera en territorio estadounidense, fue precisamente Norteamérica donde su significado radical fue progresivamente neutralizado. La institucionalización del “Labor Day” en septiembre, promovida como alternativa despolitizada, buscó separar al trabajador de su tradición internacionalista, revolucionaria y anticapitalista. Así, durante décadas, coexistieron dos visiones del mundo del trabajo: una que entendía a la clase obrera como sujeto de transformación estructural, y otra que la reducía a fuerza productiva integrada en reformas moderadas y compatibles con el orden existente.

Esta tensión no fue accidental. Formó parte de una estrategia más amplia para contener el potencial político de las masas trabajadoras en ascenso durante la industrialización. El temor de las élites hacia las llamadas “clases peligrosas” impulsó campañas de represión, criminalización y borrado cultural de las tradiciones obreras más combativas. La historia del Primero de Mayo, por tanto, también es la historia de una batalla por la memoria: recordar que derechos hoy considerados básicos —jornadas limitadas, organización sindical, negociación colectiva— fueron conquistados mediante confrontaciones profundas, no por benevolencia institucional.

Del obrero industrial clásico al nuevo proletariado global

Sin embargo, el siglo XXI obliga a revisar esa historia desde una nueva cartografía del poder. La clase trabajadora que protagonizó las luchas de fines del XIX y buena parte del XX ha sido transformada por la globalización neoliberal, la automatización, la financiarización y la relocalización industrial. El viejo proletariado fabril del Norte global ha cedido espacio a nuevas concentraciones de trabajo en Asia, África y América Latina, mientras sectores enteros de servicios, logística, plataformas digitales y comunicaciones generan formas laborales marcadas por precarización, hiperflexibilidad y debilitamiento sindical.

La jornada de ocho horas —núcleo de la lucha original de 1886— vuelve hoy a ser cuestionada, no por decreto formal, sino por la expansión de economías de plataforma, empleo informal y conectividad permanente. Millones de trabajadores digitales, repartidores, operadores de call centers o empleados de cadenas globales viven bajo nuevas modalidades de explotación donde el tiempo laboral se difumina y la protección social se reduce. En ese contexto, el Primero de Mayo recupera vigencia no como reliquia ideológica, sino como recordatorio de que la cuestión del trabajo sigue siendo central en toda disputa por el poder.

Las derrotas del sindicalismo tradicional, el colapso de diversos modelos socialistas burocratizados y la adaptación de amplios sectores socialdemócratas al neoliberalismo no eliminaron las contradicciones estructurales entre capital y

trabajo; simplemente las desplazaron geográficamente y las reformularon políticamente. Hoy, desde Brasil hasta Corea del Sur, desde Sudáfrica hasta nuevas organizaciones laborales en plataformas tecnológicas, emergen formas renovadas de resistencia que ya no responden exactamente a los moldes clásicos, pero conservan el mismo impulso: disputar condiciones de vida frente a sistemas de acumulación cada vez más concentrados.

Por ello, el Primero de Mayo sigue siendo mucho más que una conmemoración histórica. Representa una advertencia geopolítica y civilizatoria: toda reorganización económica global redefine también la condición del trabajador. En una era marcada por inteligencia artificial, deslocalización industrial, guerras energéticas y crisis del modelo neoliberal, la pregunta central persiste: ¿quién controla el trabajo, el tiempo y la riqueza producida?

La respuesta aún está en disputa. Pero si algo enseña Haymarket es que los derechos laborales jamás fueron un punto de llegada definitivo, sino una frontera siempre expuesta a retrocesos o reconquistas. El Primero de Mayo permanece, así, como memoria de los mártires del pasado y como brújula política para los trabajadores del futuro. Comentario a la nota de Leo Panitch, fuente: <https://goo.su/T2wAzP>.